

Unamuno y Colombia

Publio González Rodas

Manuel García Blanco, estudioso y conocedor a fondo de la obra unamuniana, publicó un libro titulado *América y Unamuno*, donde se puede apreciar los nexos del humanista de la Universidad de Salamanca, con los escritores del Nuevo Mundo. García Blanco hace referencia a las relaciones de Unamuno con los argentinos Manuel Gálvez y Ricardo Rojas, con el corifeo máximo del movimiento modernista en América, Rubén Darío; con los uruguayos Juan Zorrilla de San Martín y Carlos Vaz Ferreira. Hay además, un capítulo entero dedicado a los «Escritores venezolanos amigos de Unamuno» donde nos habla de la correspondencia con Pedro Emilio Coll, Manuel Díaz Rodríguez, Rómulo Gallegos y otros nombres más. México está representado en la persona de Alfonso Reyes y hasta los Estados Unidos es mencionado a través de nombres como Whitman, Sidney Lanier (1842-1881), William Vaughn Moody (1869-1910) y el encantador poeta de Chicago Carl Sandburg (1878-1967) a quien yo conociera cuando hacía mis estudios de postgrado en la Universidad de Michigan, Ann Arbor en 1958.

También han contribuido a aumentar la luz sobre estos temas las *Cartas Inéditas*, que Sergio Fernández Larrain publicara en Santiago de Chile en 1965 y que reeditara, en 1972 la editorial Rodas, y las que Carmen Zulueta publicó con el título *Miguel de Unamuno y Luis de Zulueta. Cartas (1903-1933)*, Madrid, Edit. Aguilar, 1972. Otras cartas han aparecido en libros y revistas: *Cartas a Ricardo Palma*, dadas a conocer en *La Nación* de Buenos Aires (4 de junio de 1961) por Ciro Alegría, o las «Trece cartas inéditas de Miguel de Unamuno a Alberto Nin Frías», publicadas por Pedro Badanelli, en *La Mandrágora*, Buenos Aires, 1962. También hay cartas dirigidas a José Enrique Rodó y a Alcides Arguedas. Últimamente Laureano Robles ha recopilado unas mil doscientas cartas en *Epistolario Inédito (1894-1936)*, publicado por la Universidad de Salamanca, y Guillermo de Torre, en el número homenaje de *Ínsula*, en 1964, con el motivo del centenario del nacimiento de Don Miguel, le dedicó un artículo de aproximación al tema de «Unamuno, escritor de cartas».

A un colombiano aficionado al estudio de las letras iberoamericanas le causa sorpresa el no aparecer el nombre de Colombia en ninguna parte, máxime al considerar que a principios de siglo, nuestro país mantenía una especie de hegemonía cultural en el Nuevo Mundo, y que su capital, Bogotá, era llamada Atenas de América, gracias a la preparación clásica inigualable de sus buenos escritores.

Sólo al revisar el índice de nombres propios encontramos ligeras referencias a Rufino José Cuervo, Max Grillo, Jorge Isaacs y José Asunción Silva, que pueden pasar casi desapercibidas para el lector ordinario. Es nuestro propósito hacer resaltar la correspondencia de uno de los miembros más destacados de la llamada generación del 98 en España, Miguel de Unamuno, con nuestros escritores como Tomás Carrasquilla, Max Grillo, Samuel López, Francisco de L. Rendón, Gabriel la Torre, Luis Tablanca, José Eustasio Rivera, Baldomero Sanín Cano, Santiago Pérez Triana, Julio Vives Guerra, José Asunción Silva, etc. También con políticos como Rafael Uribe Uribe y periodistas como Enrique Pérez de la revista londinense *Hispania*.

Don Miguel de Unamuno nunca llegó a pisar tierra americana, aunque tuviera la oportunidad de hacerlo en repetidas ocasiones, gracias a diversas invitaciones que tuvo que rehusar. Alfonso Reyes afirma que en una ocasión Unamuno exclamó «Si yo fuera joven, me iría a América». Y en una carta escrita a su compatriota Luis de Zulueta radicado en Colombia gracias a una invitación de Eduardo Santos, le comenta el 30 de marzo de 1915 lo siguiente:

Ya sabrá usted que no se arregla lo de mi viaje a América, y estoy preparando la amplia explicación que voy a dar a mi público de allá y a la Federación de Estudiantes de Buenos Aires, que me esperaban. Será un acre comentario de las miserias de la politiquería y de esa repugnante razón de partido para la cual no hay dignidad humana. Quiero comentar también la doctrina inmoral del secreto de la confianza ministerial. Ahora es a la Argentina, pero le puedo asegurar que luego, hecha la paz, será ya a la Francia o acaso a los Estados Unidos.

Para españoles e hispanoamericanos trasterrarse constituye un rito. París para unos y América para éstos. Unamuno se pasó la vida soñando con los países hispanoamericanos, en los que tenía lectores y amigos —y aún pensó radicarse en Argentina—; Valle-Inclán que fue apasionado de México asimiló después de una breve estancia en este país, modos de vida, vocabulario vernáculo y diversos aspectos de la vida mexicana en general, de las cuales nos deja recuerdos al hablarnos de la Niña Chole, de Tirano Bande-

ras y de otras cosas más. Otro miembro de la generación del 98, Ramiro de Maeztu, vive en Cuba durante algún tiempo y aún el mismo Antonio Machado sólo por casualidad o por destino no se desplazó a Guatemala, pero sí lo hizo su hermano Joaquín. América seguía siendo exótica para los españoles de fines del siglo pasado.

No se puede negar que el profesor salmantino vivió atraído por las tierras americanas, sus habitantes y su cultura. Quizás como él quiere, esta predilección por lo americano la haya heredado de su padre, don Félix, que salió muy joven de su pueblo natal, Vergara, para irse a México, a Tepic, en busca de mejor fortuna. Esa misma atracción por América se nota en Ortega y Gasset, que quería que lo recordaran las generaciones futuras como Ortega, el americano.

El padre de Unamuno regresó a España y murió cuando don Miguel tenía seis años: más tarde dirá en sus recuerdos que fue lo que se llama «un indiano» y que en lugar de venir cargado de dinero, trajo una modesta biblioteca y era muy aficionado a relatar episodios de su vida en la capital azteca. Entre ellos conservan especial interés por el padre de la Reforma Mexicana, Benito Juárez, retrato que guardaba con esmero en el álbum de la familia, al lado de otros creadores de América como Abrahán Lincoln, como bien lo atestigua Alfonso Reyes. Don Félix también tenía su biblioteca hogareña, libros traídos en su mayor parte de México. Unamuno nos relata en su artículo «Mi visión primera de México», publicado en 1907 lo siguiente:

En una traducción de la historia de México del P. Clavijero me ensayé en ir aprendiendo ciertos términos aztecas y en ir contemplando su calendario. Tradiciones mexicanas encendieron mi imaginación infantil.

Unamuno llegó a tener un buen conocimiento de la historia y literatura hispanoamericanas por ser un incansable lector de libros y revistas que le enviaban incluyéndole cartas solicitándole que les escribiera un prólogo, y no por una experiencia personal y directa. Nos atreveríamos a decir que no fue a los temas, sino que los temas vinieron a él, y esto con muy pocas excepciones (Sarmiento, Rodó, Martí se cuentan entre ellos). A través de estos libros descubre hechos, personas, cuyo enfoque posterior lleva a cabo a través de los datos que contiene en el libro leído.

En 1894 publica «Ensayo sobre Martín Fierro» en la *Revista Española* de Madrid, iniciando así sus trabajos como crítico de literatura hispanoameri-

cana. No volvió a escribir otros artículos críticos de libros americanos hasta cinco años después, cuando publica un estudio de otro libro gauchesco, *Nastacio* de Francisco Soto y Calvo en la *Ilustración española y americana*. Pasaron otros dos años, antes de que Unamuno se dedicara a una crítica seria y continua.

En el primer número de *La lectura* (enero de 1901), publicó su primer artículo titulado «De literatura hispanoamericana» y durante seis años mantuvo al día a los lectores de la revista con una regularidad sorprendente sobre el movimiento literario americano, ofreciéndole una crítica nutrida, que puede compartirse o no, pero conservando siempre una actitud interesante y respetable. Más tarde y gracias a su amistad con Rubén Darío, publica en las páginas del mayor diario bonaerense *La Nación*, donde trató aspectos de la vida americana, preferentemente temas políticos y culturales, según las sugerencias que de allá le llegaban.

Estas reseñas que sobrepasan los cincuenta libros, casi tres cuartas partes sobre temas argentinos, por ser los que mejor conoció y mejores ingresos le aportaron, tratan sobre temas diversos (poesía, historia, geografía, crónicas, estudios lingüísticos, etc.), buscando siempre en todos ellos esa huella española, esa semejanza, ese gran culto por todo lo vasco, que Unamuno obstinadamente cree encontrar en las regiones más tradicionalistas como la zona antioqueña, salpicada de arcaísmos y de antiguas costumbres de pura cepa española, bien sea a través de las costumbres, *folklore*, características dialectales (arcaísmos y refranes peninsulares). De esa literatura antioqueña que había leído a través de autores regionales en las obras de Francisco Rendón, de Tomás Carrasquilla, de Gabriel Latorre, de Max Grillo, que dice ser muy simpática y que devoraba con inmenso placer.

En un artículo publicado en 1906 en la revista madrileña *La Lectura*, hace el siguiente comentario:

Varias veces un amigo mío colombiano me tiene hablando de la región montañesa de Antioquía, al pie de los Andes, pintándomela como la más típica e interesante de Colombia y como un país en que se conserva con rara fidelidad y gran casticismo el habla castellana y no pocas de las antiguas costumbres españolas.

Parece ser que hay en ellas rancias familias, de viejo abolengo español, que poseen un exquisito cuidado en conservar la pureza de sangre, sin mezcla de indios ni de negros.

Unamuno era un buen lector de libros y revistas latinoamericanas y recibía correspondencia de los distintos rincones de América, y cuando obtuvo información sobre la literatura antioqueña, exclamó:

Sí que es parte de nuestra literatura y nos suena a cosa nuestra y muy nuestra, [y el país entero Colombia, le parece] un país nuestro... hasta en el carácter de sus luchas civiles... con la diferencia de que... en Colombia, los liberales son los insurgentes y los del Gobierno son los carlistas.

Debe ser un país encantador, con mucho carácter propio, lo cual se revela en la literatura que producen sus habitantes. ¡Quien no conoce en España la novela *María*, de Jorge Isaacs, que es acaso la novela americana que más ediciones ha alcanzado en nuestra patria!

No deja de sorprendernos los diferentes libros de autores antioqueños que cayeron en sus manos, lo que nos indica que el profesor vasco tenía grandes amistades en estas tierras, como bien lo declara en 1906:

He leído yo tres autores antioqueños, D. Tomás Carrasquilla, D. Francisco de L. Rendon, autor de una novela, *Inocencia*, llena de colorido y de vida, y D. Gabriel Latorre, autor de *Kundry*. Y sabía del desarrollo que las letras alcanzan en Antioquía, aparte de las noticias de mi amigo el colombiano a que aludo al principio de esta nota, por lo que D. Juan de Uribe nos dice en el interesantísimo y largo prólogo de ciento treinta y siete páginas —que precede a las *Poesías originales y traducciones poéticas* de D. Antonio José Restrepo (Lausana, 1899) prólogo que encierra todo un cuadro de la historia de la cultura literaria en Colombia y que es, sin duda, muy superior a las poesías que prologa.

El rector de la universidad de Salamanca guardaba de los cuadros costumbristas escritos por los escritores antioqueños, el sabor a madre patria, a patios solariegos, a continuadores fieles de tradiciones ancestrales españolas:

Para nosotros, los españoles, tiene además otro encanto, y es que leyendo los cuadros de costumbres de aquella «pobre tierra montañosa, perdida entre las faldas abruptas de los Andes, a millares de leguas de toda civilización y de toda cultura» como dice de ellas el Sr. Latorre en su *Kundry*, nos parece estar leyendo cuadros de nuestras propias tierras montañosas. Al leer la *Inocencia* del Sr. de L. Rendón se recuerda, sin querer, a Pereda, y por lo menos, respira unos aires de campo y de una tierra real y efectiva, sintiéndose muy lejos de los artificios bulevarderos y de las tierras de ninguna parte, puramente fantásticas. Aquello sabe a tierra, sabe a lugar, sabe a tiempo y sabe a humanidad.

Por eso me ha dejado cierto dejo de amargura la novela *Kundry* del Sr. Latorre, que he leído dos tirones, en un solo día y con interés creciente.

El Sr. Latorre está, sin duda, influido por el Werther, de Goethe.